



# De pandemia: encierros, pantallas e intimidad

*Beatriz García Moreno\**

---

\* Profesora Emérita de la Universidad Nacional de Colombia. Psicoanalista y Arquitecta Ph.D.

En el comienzo de 2020, un real sin ley que aún el ser humano no logra domesticar, recorre el planeta haciendo estragos de diferente tipo. Se trata de un enemigo invisible, invasivo y extraño que puede causar la muerte, que no convive con hombres y mujeres, que no se detiene ante ningún semblante ni económico, ni político por más poderoso que se muestre, que pone en evidencia la fragilidad del ser humano sometido a la caída sin compasión de los ideales con los que se había identificado y hacia donde había dirigido muchas de sus acciones. Se trata de un fenómeno cuyos efectos no se alcanzan a dimensionar ni en lo social, ni en lo subjetivo y tampoco en los modos de habitar los espacios públicos de la ciudad y los privados e íntimos de la casa. Es como si una avalancha inesperada hubiera llegado y arrasara con todo el andamiaje que la sociedad ha construido.

La lucha entre el mundo que quiere erigirse y la tierra que tiende a ocultarse (Heidegger, 1991), se ha puesto en evidencia de modo estrepitoso. El mundo que habitamos en la actualidad, construido con base en el desarrollo del pensamiento matemático y en los descubrimientos científicos, mediante fórmulas y dispositivos diversos que habían servido para darle forma a la “tierra” oscura e indescifrable, como dice el filósofo, se ha fisurado sin poder adecuarse a las amenazas del virus, sin que los científicos encuentren la vacuna o la medicina que lo enfrente. No sólo la medicina y las ciencias físicas han quedado confundidas ante la pandemia, sino también las ciencias sociales que se encuentran con la muerte en pri-

mer plano, pero en esta ocasión, debido a la presencia de las comunicaciones, experimentándola de manera globalizada. Las producciones de la cultura y de las artes han quedado en pausa, sin lugares abiertos para su despliegue, pero también perplejas ante la aparición de ese real de la naturaleza que irrumpe intempestivamente y exige dirigir todos los esfuerzos a encontrar formas de enfrentarlo.

Los gobiernos, para defenderse de ese enemigo que hace tambalear sus estructuras económicas y sociales, apoyados en la autoridad del saber de los comités científicos, llaman a los sujetos a acogerse a la consigna de salvar vidas, a tomar una posición de defensa desde sus confinamientos en los espacios de la vivienda, y les piden que acepten lo que se impone como norma, ya que es deber de todos salvar a la especie humana de la amenaza de muerte que se ha instalado sin un límite preciso de tiempo. En contrapartida con este panorama, está el ser hablante que, en tanto ser de lenguaje, es quien constituye esa humanidad, y es quien desde su singularidad debe enfrentarse a la pandemia y aceptar de la mejor manera las leyes que se dictan para todos. Cada uno afectado por la situación se conmueve ante el otro-semejante con el que se identifica: él o ella, sus familias, sus amigos pueden contagiarse y morir; no hay camas suficientes, no hay cementerios para enterrarlos, la ciudad no tiene capacidad para enfrentar los efectos que produce. Ante la perspectiva de que el 70 % de la población se pueda contagiar, surge la pregunta, “¿cuándo será mi turno?”. Se sienten en peligro, lo que parecía sostenerlo ha caído, hay un Otro en ruinas, y ante ese panorama podría decirse que “el único reducto que le queda a cada sujeto es sentirse parte de la humanidad” (Laurent, 2020).

Todos, hombres y mujeres, deben someterse a las leyes surgidas bajo el asesoramiento de los comités científicos que dictaminan el camino a seguir aunque el dictamen esté lleno de oscuridad y muchas de las medidas no tengan una lógica clara, ni se ajusten a las condiciones de la población que tiene que acatarlas con cierto grado de dignidad, sin tener en muchos casos, los medios para hacerlo. De todos modos, asumirlas es una posición ética, un compromiso social y así es aceptado por la mayoría, más allá de que estas normas representan grandes y diferentes constreñimientos para cada ser hablante como, por ejemplo, verse compelido a soportar el tiempo que requieren los laboratorios para realizar la vacuna, el tiempo de encierro obligatorio que debe guardar para no contaminar a otros, el tiempo que requieren las instituciones de salud para contar con los elementos necesarios para la atención de los contagiados y evitar su muerte; y además de esto, el tiempo de la enfermedad, que a veces es asintomática pero que tiene un tiempo lógico para su desarrollo (Bassols, 03, 2020).

## **¡Quédate en casa!**

El lema que se ha impuesto a través del mundo es ¡Quédate en casa! Las calles se han vaciado, es mejor no encontrarse con el otro pues puede estar contaminado y traer la muerte. La desconfianza y el miedo se imponen. Como única defensa ante la pandemia extendida por todos los territorios, el mundo no ha encontrado otra forma para protegerse diferente a la del aislamiento, al encierro; una manera ancestral, como lo muestra la literatura, en que los humanos han evitado el contagio de las enfermedades que pueden causar la muerte. Sin embargo, esa defensa no alcanza para lidiar con los efectos que acarrea y las consecuencias

que ese encierro puede producir en cada sujeto. El ¡Quédate en casa! cada quien lo lleva como puede apoyado, de ser posible, en los dispositivos que le brindan la tecnología de la informática y las comunicaciones que le permiten hacer un cierto vínculo con el otro; pero eso no implica que lo insoportable de la situación se acalle. El modo como se vive el encierro depende de condiciones subjetivas que van más allá de los recursos económicos con los que se cuenta, pues el encierro lo afecta en su integridad física y mental. Así como para algunos la situación del encierro puede ser la posibilidad de desarrollar temas pendientes o de continuar con actividades creativas y de pensamiento que exigen de la soledad, para otros el llamado al reencuentro con la familia, al estar todos juntos puede volverse un infierno, un ambiente propicio para la generación de comportamientos violentos que lo afectan de modo subjetivo además de afectar a los más próximos.

La casa que parece lo más familiar y acogedor, tiene la posibilidad de convertirse en algo insoportable. Como lo advertía Freud (1919), lo más familiar puede convertirse en no familiar y siniestro, debido no sólo al despliegue de comportamientos de tipo machista y patriarcal presentes en nuestra época, sino también al despliegue del goce singular de los cuerpos que puede llegar a invadir los espacios más íntimos y despertar comportamientos agresivos y violentos que hacen imposible la convivencia. El semblante de lo familiar como ideal de felicidad no se sostiene. Los modos de vivir cada uno su cuerpo, su deseo, su goce, se pueden convertir en insoportables para los demás, determinando muchas veces que los más cercanos aparezcan como los más extraños y que sean ellos los que reciban todo el peso de la confusión y la insatisfacción.

Con el mandato a no salir y a que muchas de las actividades se realicen en casa, ésta, que a través del siglo veinte se fue vaciando de las funciones que le había otorgado la familia extensa y patriarcal, para reservarse a las funciones vitales e íntimas de la familia nuclear, se ha vuelto a llenar (García Moreno, B., 2001). El trabajo, la educación, la alimentación, la diversión, la enfermedad y la muerte han regresado, y los espacios que no habían sido concebidos para albergarlas, se han visto invadidos y forzados a buscar formas de responder a lo que antes había encontrado sitio en otros espacios de la ciudad como son los colegios, las guarderías, los centros de salud, los lugares de eventos. Los niños, los adolescentes, los adultos ocupan la casa durante las veinticuatro horas creando diversas situaciones de tensión. Los padres y madres deben acompañar a los hijos en sus tareas, responder las obligaciones laborales, atender las tareas domésticas y a todas las demás que surjan en el diario vivir. Debido a la cultura patriarcal que aún subsiste, muchas de estas tareas recaen en la madres que deben sostener sus tareas laborales, criar a sus pequeños y atender los quehaceres domésticos, como lo atestiguan diferentes mujeres latinoamericanas en diversos medios de comunicación, como por ejemplo de artículo publicado en el diario colombiano *EL Espectador* del domingo 5 de julio, “El alto precio que han pagado las mujeres en la cuarentena” (Lagos Camargo, Angélica, pp. 12-13).

Una ventana:

una mujer se levanta y prepara el desayuno;  
un bebé llora, ella lo atiende, cambia los pañales, le da leche;  
un niño hace tareas, pide ayuda;  
un hombre escribe en un computador, exige silencio;  
un teléfono suena, ella atiende los pedidos de su jefe.  
El hombre, la mujer, el adolescente, el niño,

un computador para todos,  
una sala para todos.  
El hombre regaña, la mujer grita,  
el niño pide ayuda,  
el bebé llora.

La casa se ha convertido, para muchos, en lugar de conflictos, donde todo tiende a superponerse y a convertirse en una amalgama de actividades y de cuerpos invadidos de pasiones, que más que construir perspectivas de vida, destruyen las relaciones existentes. En estos casos, la casa, más que lugar de la intimidad que resguarda de la mirada del otro y sus demandas, que proporciona un descanso, una pausa del actuar en lo público, un espacio para el encuentro consigo mismo, para dar rienda suelta a la imaginación y a la fantasía, se transforma en lugar donde convergen toda clase de miradas, de demandas, de desencuentros y atropellos. Este hecho lo sustenta el incremento de los indicadores de denuncias de maltrato intrafamiliar que sufren principalmente las mujeres y los niños. La violencia contra las mujeres en la época de pandemia ha sido denunciada por diferentes mujeres e instituciones entre las que figuran las Naciones Unidas, donde Mlambo-Ngcuka, Phumzile, Directora Ejecutiva de ONU Mujeres, leyó su Declaración “Violencia contra las mujeres: la pandemia en la sombra” (abril 6, 2020).

Una ventana:

una mujer llora, grita, pide auxilio;  
un hombre levanta el brazo para acertar un golpe sobre su cuerpo;  
un niño se esconde debajo de la cama;  
todo es miedo, dolor y confusión...

El encierro propio de las diferentes pandemias que se han sucedido en la historia del mundo, se ha visto en esta ocasión acompañado del

recurso tecnológico proveniente del desarrollo de la informática y las comunicaciones, lo cual ha posibilitado la conexión planetaria en tiempo real y la posibilidad de que cada uno desde su lugar de confinamiento, lo utilice como ventana al mundo, como medio para sostener sus relaciones afectivas, sus compromisos laborales o cualquier otra actividad que precise de un vínculo con otro. La utilización de estos recursos, que no siempre están al alcance de todos, como instrumentos para el intercambio de palabras y miradas, ha introducido cambios significativos en el habitar mismo de la casa que se ha visto invadida por las pantallas que se instalan en cualquiera de sus espacios. Es así que esos aparatos que parecían ofrecerse como tabla para sostener los cuerpos desamparados en medio del mandato al distanciamiento y la falta de horizonte, se convierten en invasores de lo que ha querido resguardarse como lo más íntimo.

Ventanas-pantallas:

miran hacia afuera y hacia adentro;  
no hay lugar para el secreto,  
ni para no ser visto,  
ni para perderse en la soledad,  
ni para detenerse en ninguna ensoñación.

Quizás es importante detenerse en los modos de la intimidad, pues ella va desde el espacio del encuentro con los cuerpos de otros en sus necesidades básicas de vida, de enfermedad y de muerte, hasta el encuentro con el propio cuerpo. Cada sujeto tiene modos singulares de gozar, de amar, de sufrir, de enfermarse, de morir; modos que empiezan a manifestarse desde la infancia cuando al entrar en contacto con el mundo se reconoce que hay seres, cuerpos y cosas que afectan de manera placentera y otros que no, que hay empatía con formas, con olores y sabores, con palabras y músicas, con pensamientos que

tocan en lo más profundo a cada uno. Esos modos demandan espacio para su despliegue pues su presencia puede sentirse como invasora y convertirse en motivo de desencuentro con los más cercanos. Ese sentimiento de intimidad que se experimenta como lo más propio, también puede vivirse como algo extraño que hay que atender, algo *éxtimo*, utilizando el neologismo de Lacan (2003), que nos cerca y nos pone en situaciones que se nos escapan sin control alguno.

La relación con la intimidad es propia de cada quien, es requerida por el encuentro entre los cuerpos, por la enfermedad y la muerte y, además, por cada individuo en su subjetividad. Las mujeres una por una la requieren; es algo que rebasa su condición de madres o trabajadoras o los roles sociales que desempeñen. Se trata de algo que va más allá del encuentro con otro cuerpo, que alude a un goce sin límite preciso que la singulariza y la hace una, que encuentra maneras de expresarse en palabras, silencios, desbordes y haceres diversos, que insisten en la necesidad de una habitación propia como lo diría Virginia Woolf.

Una ventana:

en medio del ruido,  
la madre se fuga de la escena,  
se ausenta sin ser vista,  
se mete en algún resquicio,  
para desplegar su ser mujer.

Quizás esta época de pandemia, de pantallas, de aglomeración en los espacios que se prestaban para esas expansiones de la intimidad, está llena de ruido, taponada por noticieros, por miradas que impiden el silencio y el vacío necesarios para que ese lugar de lo más propio se explaye, para que haya espacio para el juego entre la presencia y la ausencia, de tal modo que no quede asfixiada en la demanda de madre de los otros.

#### Cuarto solo

Si te atreves a sorprender  
la verdad de esta vieja pared;  
y sus fisuras, desgarraduras,  
formando rostros, esfinges,  
manos, clepsidras,  
seguramente vendrá  
una presencia para tu sed,  
probablemente partirá  
esta ausencia que te bebe

*Alejandra Pizarnik (Zendas)*

#### De la calle

Pero si el ambiente interior de la casa se convierte, en muchos casos, en insoportable, en el exterior el “ojo absoluto” como lo denomina Wajcman (2011), invade todos los ambientes. El imperio del control y la mirada, instituido de modo generalizado en el siglo veintiuno, que se apoya en las tecnologías más recientes para garantizar la seguridad y la prevención de comportamientos no ajustados a lo establecido, se ofrece como prótesis fundamental para cumplir con las expectativas de control de las instituciones gubernamentales y de salud. Se trata de ubicar el contagio, de cercarlo, de controlarlo, de impedir su propagación, y esto implica meterse con ese ojo que mira, al modo de gran hermano, en los lugares más íntimos de cada uno.

#### Las cámaras

invaden todos los rincones,  
iluminan los lugares de sombra  
que acogen los cuerpos desnudos,  
los espacios de los más cercanos,  
los espacios de descanso,  
de dormir, de amar,  
de soledad.

La mirada invasiva que busca el control de cada comportamiento amenaza lo más constitutivo del ser hablante, lo que lo hace singular y le permite

una voz propia; lo amenaza en su subjetividad en pro de defender un para todos que busca salvar a la humanidad. La intimidad a la que se hace referencia, no sólo se despliega en la casa, ella acompaña al cuerpo que se viste con uno u otro ropaje para salir a la calle, al encuentro con lo público; está presente en sus maneras de comportarse, de caminar, de hablar, en cada uno de sus gestos.

Cada ser hablante se ve enfrentado al virus fetal que ronda, al impase de la ciencia que no ha podido detenerlo, a la confirmación de que todo es semblante y puede caer; y en esa situación se ve expuesto a un gozador invisible, despiadado, que se empeña en controlar, apoyado en artefactos tecnológicos, todos sus movimientos, en meterse en todos los espacios, mientras se enfrenta a lo más propio imposible de soportar, a sus afectos y pasiones que en casos de agobio e invasión como el de la pandemia, se expresan en angustias, incertidumbre y violencias (Laurent, 2020).

En medio de la lucha entre tierra y mundo, se descubre que las insignias que se creían consistentes, que respondían a ideales sociales de uno u otro tipo, pueden deshacerse fácilmente y desvanecerse en el aire; que el humano está enfrentado a la muerte que en este momento hace presencia a través del virus que mata; a los abusos de poder de los mandatarios, tanto en su hacer confuso para enfrentarlo como en el desconocimiento de su peligrosidad que algunos de ellos pregonan; y, además de esto, a un ambiente propicio para la irrupción agresiva y violenta de las pulsiones y goces inenarrables que lo constituyen, los cuales no siempre logra contener, ni impedir su descarga en los más cercanos.

En medio del paradójico y difícil panorama que ha traído la época de pandemia, se busca apoyo

entre unos y otros, pero sin acercarse, sin abrazarse. Cada uno mira a distancia a través de pantallas, y valiéndose de ellas guarda la esperanza de encontrar algo cercano, una mirada, una voz, un gesto que le ayude a soportar el pánico ante lo desconocido que acarrea la muerte. Cada uno queda al acecho del encuentro con la palabra que alguien pronuncie con las tonalidades y silencios que le resuenan en lo más profundo de su ser; a la espera del encuentro con una mirada que en medio de la lejanía que introduce la pantalla, pueda traerle un poco de cercanía y le permita superar el límite del aparato, de tal modo que en estos momentos de encierro se pueda desplegar algo de los afectos que penetran el cuerpo y reviven al humano, más allá de los límites impuestos.

El tiempo de pandemia es incierto y difícil, trae la muerte al frente, pero la vida continúa y se filtra por fisuras insospechadas que cada sujeto atento a su presencia, descubre de diferentes maneras; y, en ese descubrir, encuentra recursos y modos de hacer para enfrentar el ambiente de muerte que se explaya sin compasión. Se trata de poner la creatividad e invención que cada uno posee al servicio de la vida; de no ponerse al servicio de la tecnología y de los que la apropian para sostenerse en uno y otro poder, sino de servirse de ella para cruzar distancias y permitir que el deseo nos siga sosteniendo.

Tú lloras debajo del llanto,  
tú abres el cofre de tus deseos  
y eres más rica que la noche.

*Alejandra Pizarnik*  
(Fragmento de "Hija del viento" Zendas)

## Referencias:

Bassols, Miquel (2020). “La ley de la naturaleza y lo real sin ley”. <http://miquelbassols.blogspot.com/2020/03/la-ley-de-la-naturaleza-y-lo-real-sin.html>.

Freud, Sigmund (1919). “Lo siniestro” en “Sigmund Freud: Obras Completas” *Freud total* 1.0 (versión electrónica). <https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-23-Freud.LoSiniestro.pdf>

García Moreno, Beatriz (2001). “Casa, mujeres y cuerpos” en Revista *En otras palabras* No. 9, pp. 101-106. Bogotá: Unibliblos.

Heidegger, Martin (1991). “El origen de la obra de arte” en *Arte y Poesía*, pp- 35-123. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Lacan, Jacques (2003 ). *Seminario , La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Laurent, Eric. (2020). “El Otro que no existe y sus comités científicos” en *Lacan Cotidiano* No, 874, abril 2020. <http://www.eol.org.ar/biblioteca/lacancotidiano/LC-cero-874.pdf>

Mlambo-Ngcuka, Phumzile. “Violencia contra las mujeres: la pandemia en la sombra” *Declaración de Phumzile Mlambo-Ngcuka, Directora Ejecutiva de ONU Mujeres* Fecha: lunes, 6 de abril de 2020. <https://www.unwomen.org/es/news/stories/2020/4/statement-ed-phumzile-violence-against-women-during-pandemic>.

Pizarnik, Alejandra. *5 poemas*. <https://www.zendalibros.com/5-poemas-de-alejandra-pizarnik/>

Wajcman, Gérard (2006). “La casa, lo íntimo, lo secreto” en Recalcati Massimo y otros, *Las tres estéticas de Lacan*, pp. 93-114. Buenos Aires: Manantial.

Wajcman, Gérard (2011). *El ojo absoluto*. Buenos Aires: Manantial.